


## La vida benedictina: una escuela de humanidad



### Patricia Henry, OSB

Religiosa Benedictina de origen norteamericano, vive en México desde hace casi 50 años. Perteneció al Monasterio Pan de Vida en un barrio popular en Torreón, Coahuila. Es priora de su comunidad y presidenta de Asociación Benedictina-Cisterciense del Caribe y los Andes (ABECCA). Tiene Licenciatura y Maestría en filosofía por la Universidad Iberoamericana en la Ciudad de México. Escribe e imparte clases sobre temas de Espiritualidad, Desarrollo Humano y Pastoral Social.



**Resumen** Este artículo aprovecha las re-lecturas que se han hecho de la Regla de San Benito para mostrar cómo esta joya de la antigua sabiduría monástica nos puede servir, aún hoy, como una “escuela de humanidad”. Subraya las actitudes de transparencia, paz auténtica y responsabilidad como elementos indispensables en la vivencia comunitaria. Además da unas pistas para la interpretación actual de la “fuga mundi” y concluye con el tema del celibato, una opción que puede maximizar nuestro potencial humano.

---

Este artigo aproveita as releituras que têm sido feitas com a Regra de São Bento para mostrar como esta pérola da antiga sabedoria monástica pode ajudar-nos ainda hoje como uma “escola de humanidade”. Destaque para as atitudes de transparência, paz autêntica e responsabilidade como elementos essenciais na vivência comunitária. Além de tudo, dá algumas pistas para a interpretação atual da “fuga mundi” e termina com a questão do celibato, uma opção que pode maximizar o nosso potencial humano.

# 1. INTRODUCCIÓN

Quiero comenzar desmitificando un poco la frase “La Vida Benedictina”. La mayoría de quienes profesamos la vida benedictina no dedicamos horas y horas a cantar melodías gregorianas en grandes monasterios; ni vivimos detrás de rejas; ni vestimos hábitos voluminosos. Este estereotipo encuentra sus raíces en reformas a la Orden realizadas en épocas posteriores a Benito y Escolástica. La mayoría de los monasterios benedictinos tampoco son:

Comunidades *monásticas* cuyos miembros “salen” para hacer trabajos institucionales, básicamente nombradas o designadas por la jerarquía, como si fuéramos una extensión de sus agendas, p. ej., en escuelas católicas, en hospitales, etc.<sup>1</sup>

Este modelo, que predominó en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, tiene que ver más con definiciones vaticanas que con la esencia de la vida monástica.

No hay “una” vida benedictina, como tampoco hay una “versión auténtica” y muchas imitaciones, sino una enorme diversidad

de expresiones del carisma benedictino en todos los continentes: en claustros, en grandes abadías construidas hace siglos; en tierras de misión, en barrios populares en la periferia de grandes ciudades. La Vida Benedictina lleva quince siglos de historia e, igual que la Iglesia Católica misma, ha tenido múltiples expresiones, con algunos capítulos más bellos y provechosos para la Iglesia y la humanidad que otros. Durante esos 1500 años ha ido acumulando diversidad de aspectos culturales. A veces esas capas culturales han llegado a contener casi por completo el carisma y han limitado seriamente la vitalidad de su expresión.

Gracias a la invitación del Concilio Vaticano II, muchas comunidades benedictinas, y la Orden en general, han querido limpiar el armario que se había ido llenando de tradiciones culturales almacenadas, para volver a las fuentes de inspiración de nuestra espiritualidad y adaptar nuestra vida al mundo actual y a las necesidades de los miembros. En este proceso hemos dado prioridad a la Regla de San Benito<sup>2</sup>, escrita en el siglo VI. Nuestras re-lecturas de la Regla, sobre todo en los últimos treinta años, han aprovechado el conjunto de métodos de análisis

literario e histórico que se utiliza actualmente en la exégesis bíblica para ofrecernos nuevas luces e interpretaciones. También ha sido de mucho provecho hacer una especie de *lectio divina* con la Regla, saboreándola, encontrando a Dios en su conjunto y descubriendo formas actuales de encarnarla.

Nuestra reflexión nos ha ayudado a profundizar en la antigua sabiduría monástica, fruto de la búsqueda incesante de Dios y una vida comunitaria ordenada en el espacio y el tiempo para favorecer esa búsqueda. Cuando sabemos combinar esta riqueza con una revisión y una respuesta a las necesidades espirituales, psicológicas y físicas de los miembros de nuestras comunidades, aunado a una conciencia crítica de la conexión que tenemos con la sociedad y el cosmos hoy, la vida benedictina se vuelve una auténtica escuela de humanidad.

## 2. ¿QUÉ TIENE ESTA ESPIRITUALIDAD QUE “PODADA, HA RESURGIDO CON NUEVO VIGOR”<sup>3</sup>?

¿Una y otra vez a lo largo de quince siglos? Al cavar hasta lle-

gar a sus raíces descubrimos que quienes abrazan la espiritualidad benedictina, son personas que quieren *buscar verdaderamente a Dios* (RB 58,7). En su anhelo de correr con Cristo hacia Dios, dejan atrás o, relativizan las actitudes, acciones y valores que pueden obstaculizar su búsqueda. Este es el sentido profundo de la “*fuga mundi*” o “huída del mundo”, que se ha plasmado de tantas formas diferentes. Para lograr esto, Benito invita a vivir relaciones estables en comunidad, “bajo una Regla y un Abad o Abadesa” (RB 1,2).

La Regla que Benito nos propone se caracteriza por su gran “*discreción*”, palabra que utilizó San Gregorio Magno para describirla hace catorce siglos. En los diccionarios actuales la palabra “discreción” tiene como sinónimos palabras como prudencia, tacto, sagacidad y circunspección. En la mentalidad bíblica y monástica de antaño, se refería más bien al discernimiento inspirado en el Espíritu, el sabio equilibrio, la intuición profunda.

Veamos cómo este camino monástico, bien vivido, ha sido y puede seguir siendo una “escuela de humanidad”. Hay muchos elementos de apoyo espiritual

para quien se alimenta de la espiritualidad benedictina, como por ejemplo la oración litúrgica y privada, la *lectio divina*, el silencio, el trabajo como servicio, el cuidado de todos los bienes de la tierra, etc. Sin embargo, en este breve artículo me voy a enfocar en la comunidad como un espacio de crecimiento humano genuino.

### 3. LA ESTABILIDAD EN COMUNIDAD BAJO UNA REGLA Y UN ABAD O ABADESA

Nos lleva toda la vida aprender a vivir en comunidad. Quienes lo hacemos solemos comentar que la comunidad es la máxima bendición que hemos recibido de Dios y, a la vez, la mayor cruz de nuestra vida. Con la práctica y la gracia divina aprendemos a aceptar la realidad de la otra persona sin experimentarla como una intrusión y una amenaza. Entre los Instrumentos de las Buenas Obras (RB 4) y en los múltiples capítulos dedicados a la organización cotidiana de la vida, Benito nos ofrece medios para la vivencia comunitaria. Entre otras cosas, nos

exige la aceptación habitual de la otra persona como diferente, diversa. Para eso hay que practicar la transparencia, hacer la paz y ser responsables<sup>4</sup>.

- a) **La transparencia.** Entre los instrumentos de las buenas obras, Benito señala la necesidad de evitar la doblez de corazón, y el decir la verdad con el corazón y con los labios (RB 4,24 y 28). Cuando habla de la obediencia, no pide una obediencia ciega, sino una obediencia transparente (RB 68 y 5, 17-18). La humildad benedictina nos llama a compartir nuestras debilidades más íntimas con una persona madura y sabia (RB 4,49-50 y 7,44-48). Más adelante en la Regla, cuando se trata el tema de los asuntos prácticos del trabajo y la convivencia, pide la honestidad para reconocer en comunidad nuestras fallas y limitaciones.

Estas actitudes y acciones ayudan a asumir la verdad de nosotras/os mismas/os. Nos hacen confrontar nuestro mundo de fantasía y mantenernos abiertas/os a la realidad. La honestidad,

además de encarnar concretamente nuestra conciencia de la presencia divina en cada circunstancia de la vida, es una gran ayuda para evitar o superar la disonancia cognitiva<sup>5</sup> y la auto-justificación.

La vida en comunidad nos ayuda a crecer humanamente en nuestro camino hacia Dios:

Las personas que prometen libremente vivir en comunidad, delante de Dios, podrán aspirar a la verdad y al respeto mutuo. Estamos diciendo: “Prometo no esconderme de ti -y a veces te ayudaré a no esconderte de mí o de ti misma/o-. Prometo que tu crecimiento hacia la plenitud que Dios quiere para ti, será una prioridad para mí; y confío que tú has hecho la misma promesa. Tenemos toda una vida para lograrlo”. Sin esta promesa, puede resurgir la agenda del ego, que por miedo al abandono, esconde la ver-

dad de sí mismo. Nadie va a salir corriendo y los recursos espirituales, psicológicos y materiales de la comunidad están para ayudarme en el camino<sup>6</sup>.

**b) Hacer la paz auténtica.** Nuestras actitudes de honestidad y transparencia nos llevan a reconocer el hecho de que no estamos viviendo en paz con todas/os, y nos vuelven capaces de confrontar las raíces del conflicto en nuestro propio corazón. Esto puede ser tan doloroso que a veces preferimos evadirnos de la comunidad y refugiarnos en nuestro mundo interior o en el ministerio. Hay que reconocer el conflicto genuino y buscar resolverlo, reconociendo las diferencias.

Cuando Benito nos exhorta a evitar ofrecer una paz fingida (RB 4, 25), por el contexto, queda claro que no está diciendo, “espérate a que tu hermana/o repare el daño” o “espérate a que se haga la justicia y la gente reconozca tu inocencia”.

Por las frases anteriores y posteriores, en el capítulo 4 de la RB podemos deducir que Benito considera el enojo, la doblez, el resentimiento y las ganas de venganza que hay en nuestro corazón como los obstáculos a la verdadera paz. Estas actitudes suelen llevar, en el mejor de los casos, a una reconciliación artificial o superficial y en el peor de los casos a la agresión pasiva. La paz fingida no construye la comunidad. Si cargamos consciente o inconscientemente con una serie de quejas, enojos y resentimientos, en vez de reparar brechas y construir la paz, construimos muros, hechos con ladrillos de amargura, murmuraciones y envidias.

Para la Regla Benedictina la murmuración, aun en el silencio del corazón, junto con la propiedad privada, son los dos vicios que más atentan contra la comunidad. La murmuración y las quejas amargas afectan el tejido mismo de la vida en común porque suelen hacerse en secreto y extenderse

como un cáncer silencioso. Por lo regular tiene más que ver con la perspectiva personal de quien murmura que con un problema objetivo. No espera Benito la ausencia de quejas, sino que se hagan de manera transparente, a la/s persona/s indicada/s y de forma apropiada, para poder dar la oportunidad de rectificar el daño, el error o el malentendido en beneficio de la persona y la comunidad.

Por otra parte, Benito condena la propiedad privada, en términos más severos de los que acostumbra utilizar. Él no quiere la miseria ni la mezquindad, sino una vida sencilla, compartida y gozosa. Un espíritu acaparador, apegado a los bienes materiales, “consumista” para usar lenguaje contemporáneo, nos distrae de nuestros objetivos principales, margina a las/los demás y fácilmente crea divisiones en la comunidad humana.

La paz auténtica se construye en medio de las dificultades. Precisamente cuando se antojan las repre-

salas (RB 4, 29-32), los chismes maliciosos (RB 4,40), los celos y la envidia (RB 4, 66-67), es cuando hay que dejarnos abrazar por la misericordia divina y la paz de Cristo para amar a quienes nos agreden. (RB 4, 70-74). Ese amor que construye la paz auténtica exige mucha disciplina personal, preparación espiritual y madurez humana.

- c) **La Responsabilidad.** Si bien Benito pide una obediencia alegre y sin demora a las y los discípulos, exige a las personas en autoridad que la ejerzan con responsabilidad delante de Dios. Para Benito la persona con autoridad tiene como modelo a Cristo, quien enseña, sana, corrige, hace la unidad, motiva y va detrás de la oveja extraviada para traerla de regreso. Quien ejerce el liderazgo tiene que ser fermento de la justicia divina para su comunidad. No ha de hacer caso a las exigencias de privilegio entre los miembros. Tiene que adaptarse a las circunstancias del lugar y a los diferentes temperamentos de sus her-

manas/os en su tarea principal de formar a personas adultas en Cristo.

La autoridad ha de organizar todo de tal manera que las personas débiles no se desanimen, a la vez que la gente fuerte y valiente tenga metas a las cuales aspirar. Quien es responsable de un grupo debe de ayudar a todas las y los integrantes a vivir y realizar su trabajo sin causas justificadas de queja (RB 41,5) Con gran sabiduría Benito pide al Abad y Abadesa que “tenga siempre a la vista su propia fragilidad y recuerde que no se debe quebrar la caña hendida” (RB 64, 13).

Una lectura pausada de los capítulos 2 y 64 de la RB revela que Benito comprendió a fondo las posibilidades concretas de la naturaleza humana.

No sólo pide responsabilidad a el o a la superiora, sino a todas las personas a quienes se les delega alguna tarea. Y, de la misma manera, pide a los miembros de la comunidad que



compartan su sabiduría y dones personales para el servicio en la construcción del Reino. Hacia el final de su Regla, Benito sintetiza el camino a Dios, cuando habla del “buen celo”, que pide a cada hermana/o y que se resume en el respeto y la obediencia recíproca, en “cargar mutuamente con la mayor paciencia y la más ardiente caridad las fragilidades físicas y morales de unas/os y otras/os y que busque el bien de la otra persona antes que el propio” (RB 72).

Estas actitudes de transparencia, paz y responsabilidad en comunidad y las acciones que fluyen de ellas, nos ayudan a encarnar la *fuga mundi* en la sociedad actual. Con frecuencia a lo largo de la historia, las hijas e hijos de San Benito, en nombre de la “huida del mundo”, hemos perdido la conexión vital que tenemos con nuestro cuerpo, la tierra y el cosmos.

Vamos redescubriendo que dicha “huida” implica, más bien, un compromiso de no dejarnos llevar por el éxito a cualquier precio, el prestigio, los bienes materiales, el

poder, el control y el dominio, el abuso de los derechos humanos y los recursos naturales<sup>7</sup>. Nos lleva a negar la falsedad, la superficialidad, el desperdicio, y a afirmar todo lo bueno y verdadero en la vida humana y en el cosmos. La *fuga mundi* hoy también se puede entender cómo el trasladarnos a la periferia, a los márgenes de la sociedad, ya sea geográfica o metafóricamente, implica dejar de promovernos a nosotras/os mismas/os y vivir en solidaridad con quienes estén marginadas/os, y con la naturaleza. Esto lo vamos logrando al vivir la actitud monástica fundamental de la *conversatio*, que nos ayuda a ir más allá del ego y la realización personal, hacia la trascendencia<sup>8</sup>.

El tema del celibato toca un elemento fundamental de nuestra humanidad: la sexualidad. Así como la *fuga mundi* no es en primer lugar una *huida del mundo*, sino un correr hacia Cristo; el celibato tampoco es principalmente una *renuncia*, sino una *apertura* a la libertad que vamos adquiriendo para entregarnos auténticamente al servicio de las demás personas, sobre todo de quienes más lo necesitan. La vida comunitaria nos ofrece un contexto en el cual po-

demos experimentar la amistad, el apoyo, la retroalimentación y los límites necesarios para el desarrollo personal. Nos capacita para amar y compartir sin entrar en relaciones exclusivas y excluyentes en búsqueda de compensaciones. Así no sólo crecemos en libertad, sino que comunicamos esa libertad a las personas amadas.

Para vivir la sexualidad célibe en forma saludable, por amor a Dios y su proyecto de plenitud de vida, hace falta comprender y asumir libremente su elección y las consecuencias de la misma, como parte integral de nuestra búsqueda.

La Regla Benedictina no está contaminada por el dualismo cuerpo/espíritu. Benito imagina el proceso hacia la humildad como una escalera donde los largueros que sostienen los peldaños son justamente el cuerpo y el espíritu que aspiran a una integración y no a la negación. De esta manera podemos descubrir una invitación a:

- Integrar el ser sexuado;
- Distinguir entre el deseo genital y nuestras necesidades psicológicas y emocionales;
- Vivir con autenticidad el celibato por el Reino en el

contexto de una comunidad de apoyo y de relaciones íntimas comprometidas<sup>9</sup>; evitando las dobles vidas, los abusos y las búsquedas de compensaciones.

Así, para la vida monástica benedictina, el celibato es una opción que puede maximizar nuestro potencial humano.

En este momento que nos ha tocado vivir en la sociedad y la Iglesia, las relaciones humanas con demasiada frecuencia se caracterizan por el abuso de poder, el encubrimiento y el disimulo, el uso y el abuso de unas personas por otras, la infidelidad y la falta de compromiso. La pequeña Regla de Benito de Nursia nos ofrece una guía para vivir en “una escuela de servicio divino” (RB Prol 45) que resulta ser una escuela de humanidad.

## Notas:

<sup>1</sup> Hemos contribuido al nacimiento de una nueva forma de Vida Religiosa, por Sandra M. Schneiders, traducido al español por J.A. Centeno, citado en la página web del Instituto Teológico de Vida Religiosa, Regina Angelorum, Salamanca. ITVR, 5 de marzo, 2009.

<sup>2</sup> En este artículo citaré la Regla con las siglas RB, seguidas por el capítulo y versos correspondientes.

<sup>3</sup> *Succisa Virescit*, el escudo de armas de la Abadía de Monte Cassino.

<sup>4</sup> Para profundizar más en este tema véase Rowan Williams, Arzobispo de Canterbury, “Shaping Holy Lives, a Conference on Benedictine Spirituality”, Trinity Wall Street, New York, ‘God’s Workshop’, 2003.

<sup>5</sup> Según Leon Festinger, autor de la Teoría de la disonancia cognitiva: *“Las personas no soportamos mantener al mismo tiempo dos pensamientos o creencias que contradecimos con nuestras acciones y automáticamente, justificamos dicha contradicción, aunque para ello sea necesario recurrir a argumentaciones absurdas”*; es decir, el ser humano necesita siempre sentir que todas sus acciones, pensamientos y creencias son coherentes. En caso de no ser así se produce una Disonancia cognitiva (o pensamientos incongruentes) y para reducirla recurrimos a la Justificación insuficiente o Autojustificación.

<sup>6</sup> Cf. Williams.

<sup>7</sup> Para profundizar en este tema, cf. *Monastic Wisdom: The Western Tradition en The Privilege of Love*, Camadole-

*se Benedictine Spirituality*. Liturgical Press, Minnesota, EEUU, 2002.

<sup>8</sup> Tomás Merton desarrolla este concepto en varios de sus escritos.

<sup>9</sup> Por amistad íntima entiendo una relación en la que se puede compartir a fondo lo que se es, contando con la aceptación, el respeto y la comprensión de la otra persona, sin juicios ni exigencias excesivas. Cuando hay una amistad íntima podemos ser transparentes y vulnerables con la otra persona, sin temor al abuso, al rechazo o el abandono. Este tipo de amistad juega un papel de suma importancia en el crecimiento de la salud espiritual y emocional.

## Referencias:

- GHIOTTO, OSB, Eduardo (2009) *Los Cinco Minutos con San Benito*, Publicaciones Claretianas, Argentina.
- CHITTISTER, OSB, Joan (2003) *La Regla de San Benito, vocación de eternidad*, Sal Terrae, Santander, Edición en español.